

Sobre la cultura de Manuel Sacristán

JOAQUIN SEMPERE*

En unas conferencias dadas por primera vez en Sevilla durante el curso 1969-1970 bajo el título «La universidad y la división del trabajo», Manuel Sacristán efectuaba un interesante diagnóstico de la crisis universitaria entonces en curso. Eran momentos en que la institución universitaria era blanco de ataques, a menudo simplistas, inspirados por la rebelión del mayo francés. Sacristán, a la vez que mostraba la insuficiencia de las políticas socialistas de «democratización» de la universidad, trataba de comprender el estado real de cosas y de poner en su sitio la significación de consignas aparentemente radicales como «abolición de la universidad».

Tradicionalmente la universidad ha sido la institución formadora de los titulados superiores destinados a ocupar los puestos de mayor responsabilidad y privilegio en la división social del trabajo. La masificación de las aulas, consecutiva a la expansión desarrollista de los años 50 y 60 y ligada a la prosperidad de sectores crecientes de la población, daba lugar a una contradicción consistente en que la plétora de títulos superiores hacía disminuir su valor de cambio y, por ende, su significación como pasaporte hacia el privilegio. La masificación - señalaba Sacristán- ponía de manifiesto que en las sociedades más industrializadas la base productiva permitía ya el acceso prácticamente generalizado a cualesquiera niveles educativos. Esto confirmaba, en el plano de la instrucción y la cultura, una observación que Sacristán gustaba de repetir: las bases materiales para la superación de la sociedad de clases hace tiempo que están ya dadas. La masificación universitaria es un signo de ello en el campo cultural. Y si el cambio socialista revolucionario no sobreviene es por causa de la inmadurez o insuficiencia de los factores **subjetivos**, no de los objetivos o materiales.

Por decirlo con otras palabras: la posibilidad de generalizar el acceso a los estudios superiores prácticamente a toda la población entra en contradicción con el papel tradicionalmente asignado a estos estudios como puerta de acceso a privilegios, y hace posible imaginarlos como mero acceso al acervo cultural común, como gratuita capacidad de disfrute y de despliegue de las propias aptitudes espirituales, sin consecuencias mercantiles ni clasistas.

No obstante, a la vez que -hacía este diagnóstico, Sacristán era suficientemente lúcido para ver que, pese a esa nueva contradicción generada en el capitalismo, no había perspectivas medianamente próximas para ningún cambio radical, y en las mismas conferencias señalaba ya algunos de los procedimientos con los que las clases dominantes podían desactivar la bomba universitaria: estratificar títulos, niveles y grados, o diversificar la institución de tal modo que coexistan centros de élite con otros de inferior prestigio y cotización, con objeto de preservar la función legitimadora de la división social del trabajo, «la función hegemónica de producir ideología y élites».

"Sacristán fue de los escasos partidarios del socialismo animados por una auténtica pasión por la verdad' y una profunda aspiración a la lucidez y la conciencia. "

Pero Sacristán no veía el tema de la división del trabajo sólo desde la mencionada perspectiva clasista, sino que la consideraba también como aspecto más general de la cultura moderna: desde muy pronto se ocupó del tema que Ortega y Gasset bautizó como «barbarie del especialismo». En una muy apreciable conferencia dada en 1963 en la Facultad de Derecho de Barcelona con el título de «Studium Generale para todos los días de la semana», empezaba con el siguiente problema: unos estudiantes le habían comentado la

dificultad de hacer compatible la necesaria dedicación a los estudios con sus aficiones a la poesía, la música, el cine y el montañismo. El caso ilustra, cifradamente, un problema de fondo: el de cómo enriquecer la vida personal evitando la unilateralidad castrante del exclusivismo de una sola actividad, lo cual resulta particularmente peligroso en un momento histórico en que el progreso de los conocimientos y de las técnicas impone forzosamente una u otra forma de especialismo.

La cuestión tiene dos facetas. Una es la de cómo evitar la deformación cultural individual en una situación histórica en que el ideal renacentista del sabio omnicomprendido es ya inviable debido a la plétora de saberes e informaciones. Es el problema de la división **técnica** del trabajo y de sus efectos psicológicos y culturales. La otra es la asignación de roles sociales rígidamente compartimentados y vinculados a un reparto desigual de la riqueza y del poder a grupos distintos de la sociedad, a caballo de la división técnica del trabajo. Se trata de la división **social** del trabajo.

Ambas facetas son distintas, y en el enfoque marxista la superación de la división social (es decir, la consecución de un orden social sin privilegios ni asignación fijista de roles) no sólo no implica la desaparición de la división técnica del trabajo, sino que -al contrario- supone su conservación para poder preservar el desarrollo hasta aquí alcanzado por las fuerzas productivas. Sin embargo, en la mencionada conferencia Sacristán no se limitaba al tema comunista clásico de la superación de la sociedad de clases. Abordaba también el tema cultural más general de si (y cómo) el pleetórico desarrollo de los conocimientos teóricos y técnicos puede ser factor de enriquecimiento espiritual para los individuos humanos. Pues uno de los problemas serios de esta época es que el saber, aun siendo base de tanto bienestar material y de tantas oportunidades de enriquecimiento espiritual, de hecho está funcionando como factor de alienación económica. y cultural.

El consejo que Sacristán daba a sus amigos estudiantes está preñado de consecuencias e invita a ulteriores reflexiones. Contiene todo un programa cultural «a la altura de nuestros tiempos», por decirlo también orteguianamente. Su consejo era, por un lado, no renunciar a las aficiones artísticas y deportivas y, por otro, en lo intelectual, no dispersarse en una multitud de actividades realizadas superficialmente, sino dedicarse a unas pocas haciéndolas a fondo. Aparte de la ventaja obvia de conservar la higiene mental que supone una variedad suficiente de intereses y actividades -base de una armonía personal-, tiene sumo interés la manera en que Sacristán proponía manejar la dificultad de moverse (culturalmente) en un mundo tan complejo y con tanta especialización como el actual. Se trata del siguiente consejo: hacer unas pocas cosas a fondo, a la vez que se adquiere una información -aunque somera- de todas las demás. Tras este consejo hay una aversión por «la inútil frivolidad “culturalista” de quienes hablan de todo y en realidad no responden intelectualmente de nada», cayendo en falsos enciclopedismos, síntesis precipitadas y otras civilizaciones.

No se olvide que Sacristán estaba refiriéndose a estudiantes de disciplinas sociales, el derecho concretamente. En su enfoque late de algún modo una convicción, de raíz hegeliano-marxista, de que en cada parcela de realidad se refleja de una manera u otra el todo. **Profundizando** en cualquier parcela de la realidad social alcanzaremos «el macizo social básico de la vida humana». Profundizando, incluso en el derecho hipotecario -por utilizar el ejemplo que él mismo da-, nos veremos remitidos a las relaciones de producción, a las fuerzas productivas, al metabolismo entre hombre y naturaleza y a las relaciones entre personas, al lenguaje mismo, etc. De ahí que cualquier «profundización» en una parcela dada de lo real exija a la vez un «saber enciclopédico», aunque somero, y elementos de lógica y metodología. (Todo ello puede hacerse extensivo, **mutatis mutandis**, a la realidad estudiada por las ciencias de la naturaleza.)

La receta sacristaniana contra la barbarie del especialismo consiste, pues, en la combinación de saber enciclopédico y sólidas nociones de lógica y método, por un lado, y en el ejercicio de habérselas con las dificultades de comprender en detalle una parcela delimitada de lo real. El saber nos da un marco totalizante; la lógica y la metodología, un procedimiento normado; y el enfrentarnos con una parcela reducida de la realidad nos proporciona un trato íntimo con algo concreto y palpable (lo cual ayuda a corregir y superar el mal hábito de no tratar más que con generalidades y abstracciones). He aquí una buena panoplia de ideas para abordar eficazmente el peligro de la barbarie especialista.

Este enfoque entronca de un modo natural con la idea de filosofía que tenía Sacristán, entendida a la vez, y complementariamente, como metodología y como síntesis de resultados, como recepción general del mundo. La filosofía, para él, no tiene objeto específico ni es saber sustantivo. Su objeto son todos los objetos de los demás saberes, los cuales son los que proporcionan el conocimiento realmente sustantivo, el que da sustento a la ulterior reflexión filosófica. Razón por la cual él proponía ese famoso «Instituto de Filosofía» de carácter pluridisciplinar, al que no debería ingresarse sin dominar una u otra disciplina científica positiva.

Estas pertinentes reflexiones sobre la cultura del presente nos recuerdan que Manuel Sacristán fue de los escasos partidarios del socialismo animados por una auténtica «pasión por la verdad» y una profunda aspiración a la lucidez y la conciencia. En varias ocasiones le oí denostar a quienes carecen de tal pasión y utilizan los productos del intelecto como meros instrumentos para ocasionales finalidades políticas u otras. Para él la aventura de la emancipación -representada a sus ojos por la sociedad sin clases- era intrínsecamente un esfuerzo por la autoconciencia y la lucidez. Por esto para él era fundamental hallar medios para que los progresos en el saber reverteran en última instancia en conciencia y lucidez para los seres humanos individuales, y no en lo que a menudo son: instrumentos de manipulación y alienación u ocasiones de lucimientos varios en la feria de vanidades en que tiende a convertirse la vida pública. En este sentido, sus reflexiones y sus propuestas en torno a la división del trabajo me parecen una aportación original e interesantísima en los ámbitos de la cultura y la pedagogía.

A las pocas semanas de su muerte, creo que el 'mejor homenaje que se puede rendir a su memoria es invitar a que se releen sus aportaciones a estos -y a tantos otros temas. El ha desaparecido, pero sus incitaciones a pensar y' a obrar siguen ahí, plenas de vigor y vida.

* Miembro del colectivo de redacción de «Mientras Tanto».